

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, reivindica y visibiliza la lucha de las mujeres por sus derechos, participación y reconocimiento, en pie de igualdad con los hombres, en la sociedad y en su desarrollo íntegro como persona.

Este año, la pandemia del COVID-19 ha puesto aún más de relevancia la precariedad estructural de nuestro sistema tras años de políticas neoliberales. Estamos ante una nueva situación de crisis del sistema social y económica y no podemos permitir una respuesta sin perspectiva de género que acentúe las desigualdades que viven las mujeres. Debemos abordar esta crisis no como la de 2008, con austeridad y recortes, sino enfocarnos en la reconstrucción de lo público y en una lucha contra la precariedad, la falta de derechos y las desigualdades que vivimos las mujeres en nuestra diversidad.

Las mujeres desempeñamos un papel desproporcionado en la respuesta al virus: el trabajo de cuidados NO remunerados, los entornos laborales inseguros y la "economía informal" nos expone aún más a caer en la pobreza.

Durante este periodo, las mujeres hemos sido las protagonistas, tanto en el ámbito sanitario en el que siguen siendo mujeres la inmensa mayoría de personas trabajadoras, como en el ámbito de los cuidados, asumiendo una mayor carga de trabajo en el hogar. Las mujeres realizamos una parte muy importante de los trabajos esenciales y dichos trabajos son fundamentalmente precarios e incluso no reconocidos como tal.

A esto se suma el desigual reparto de las tareas de cuidados. El 70% de estas tareas son realizadas por las mujeres, a las que muchas han sumado el teletrabajo, el cuidado y el sostén de las personas de la casa; una sobrecarga de trabajo que no se ha visto respondida con mecanismos de corresponsabilidad desde las administraciones, empresas y hogares. En este sentido, especialmente afectadas están las familias monoparentales, de las que ocho de cada diez tienen a una mujer al frente.

Ambos elementos concurren juntos para establecer un suelo pegajoso que dificulta a las mujeres el desarrollo de nuestro proyecto vital y las bases de la brecha salarial por la que las mujeres trabajamos sin remunerar 51 días al año con respecto a los hombres. A largo plazo, esta brecha salarial afecta a las pensiones. Sufrimos, además, mayor riesgo de pobreza y exclusión social que los hombres, instalándose especialmente en los hogares monomarentales.

Por último, se estima que la crisis económica provocada por la pandemia también afectará más a las mujeres. No debemos olvidar que tenemos mayor tasa de desempleo y que esto se acentúa entre las personas jóvenes.

La mayoría de mujeres se encuentran en las posiciones más precarias y vulnerables, en el aspecto laboral y en el social, y si no realizamos políticas que pongan la protección de las personas en el centro, sufrirán peores consecuencias.

Un claro ejemplo es que el Ingreso Mínimo Vital se ha debido reformular para posibilitar el acceso de las familias monomarentales.

La desigualdad que denuncia el feminismo es estructural y global, asentado y sostenido por el sistema capitalista y patriarcal cuyo objetivo es obtener beneficios y privilegios para unos pocos a costa de las personas más vulnerables y oprimidas, que terminan siendo las mujeres en toda su diversidad (migrantes, racializadas, trans, con diversidad funcional, jóvenes y mayores).

Por eso es inevitable hablar de redistribución de la riqueza mediante un sistema fiscal justo que permita la cobertura de las necesidades sociales. Necesitamos un cambio de lógica que coloque los cuidados en el centro, las necesidades de las personas como prioridades y desplace la obtención de beneficio como único motor de la sociedad. El valor de los cuidados es valor de fuerza del trabajo directo.

Este 8M el movimiento feminista trabaja para ocupar el espacio público de otra manera, visibilizando los efectos de la pandemia sobre la vida de las mujeres.

El neoliberalismo ha impulsado un modelo de cuidados mercantilizado y de bajo coste que hace recaer en las mujeres gran parte de lo que debería ser atendido a través de los servicios públicos y la corresponsabilidad de los hombres. Ello exige fortalecer las políticas públicas y leyes en materia de dependencia y servicios sociales que han sido privatizadas, mercantilizadas e individualizadas, generando una gran precariedad en el centro de la reproducción de la vida.

Un claro ejemplo de esto han sido las residencias de mayores, que requieren de una reestructuración profunda para garantizar una atención de calidad para las personas usuarias, además de mejorar las condiciones laborales de las personas, mayoritariamente mujeres, que trabajan en ellas.

La pandemia nos ha vuelto a relegar al hogar, pero no podemos permitirnos retroceder en la relevancia de que la perspectiva de género impregne la reconstrucción social y que el teletrabajo suponga hacernos desaparecer del espacio público y la toma de decisiones.

No podemos renunciar a la presencia en las calles, aunque sea con todas las precauciones ("en una sociedad democrática, el espacio urbano no es sólo un ámbito de circulación, sino también un espacio de participación" STC-66/1995)

También este año se ha impulsado la ley de libertad sexual imprescindible para garantizar el consentimiento y hacer entender que solo sí es sí. Y es que queda mucho camino que recorrer en este sentido y es imprescindible que se acompañe de una educación afectivo-sexual desde la igualdad y la diversidad sexual, identidad y/o expresión de género y que eduque a los hombres en una masculinidad no violenta.

Por éstas y muchas más razones es necesario que desde las instituciones se garantice el compromiso de potenciar e implantar la perspectiva de género en las actuaciones que se desarrollan, con el fin crisis aumente las desigualdades evitar que esta cambiar los discriminaciones. Para ello necesario es patriarcales y capitalistas por modelos de igualdad, justicia, paridad, libertad, diversidad y democracia.

Sólo con la organización consciente de la mujer trabajadora se dará el cambio necesario para revertir un sistema que prioriza beneficios al bienestar social general.

Hoy, el feminismo sigue siendo imprescindible para revertir la desigualdad, luchar contra la intolerancia y el odio y transformar la sociedad.

Porque somos rinconeras, somos cuidadoras, somos trabajadoras, somos ciudadanas...somos mujeres.
Ni más, ni menos.